

LOS NUEVOS TÉRMINOS DE LA DEMOCRACIA Y LA ENSEÑANZA DE LA COMUNICACIÓN EN AMÉRICA LATINA

Walter Neira Bronttis

A Abordar hoy el tema de la Comunicación y la democracia implica asumir una de las especificidades de un necesario debate mayor, en el marco de un conjunto de sorprendentes transformaciones -a las cuales estamos asistiendo- y que no hubieran sido posibles imaginar en el panorama internacional apenas cinco años atrás.

A comienzos de la última década de este siglo la cuestión social pasa por la redefinición de los términos en los cuales ha venido planteándose el desarrollo en el mundo y este hecho afecta o condiciona significativamente el propio proceso de construcción de la democracia, íntimamente vinculada a lo anterior.

Pensar pues en los retos de la democracia significa pensar también -y como punto de partida- en el o los modelos de desarrollo que van siendo incorporados, procesados, modificados o abandonados por cada uno de nuestros propios países. Vivimos una etapa de conflictos de intereses, de anhelos, de modificaciones y esperanzas que han terminado por alterar en un tiempo extremadamente corto buena parte del panorama y de las perspectivas casi inmediatas de los países capitalistas industrializados, de muchos de los países socialistas y, aunque no con la misma velocidad, empieza a cambiar la escena dominante o a marcar también el comportamiento de los países del Tercer Mundo.

Las transformaciones que vienen produciéndose actualmente en los países de Europa del este, los procesos de ampliación y consolidación del mercado común europeo que debe llegar a su más perfeccionada vigencia en 1992, la búsqueda de la independencia política en algunas de las naciones que integran la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el proceso de unificación de las dos Alemanias, los avances contra el racismo en el Africa, la irrupción de regímenes elegidos en elecciones plurales realizadas en casi toda América Latina (muchos de los cuales se orientan a economías liberales o a economías de mercado), el propio replanteamiento de los proyectos socialistas en Nicaragua que facilita el triunfo electoral de una oposición que pretende desmontar ese mismo proyecto, el replanteamiento también en algunos de los partidos y movimientos socialistas y comunistas, la propia conciencia de la dimensión del narcotráfico y los giros que vienen produciéndose en su enfrentamiento, la aparición de focos guerrilleros y terroristas en diferentes partes del mundo (incluida América Latina), el auge económico de los países del Sud Este asiático y la acumulación del excedente económico producido -en parte- por el sobredimensionamiento industrial y comercial del Japón, para citar tan sólo algunos de los fenómenos más significativos nos hablan de una situación en la que está en juego no sólo la democracia o las formas de la democracia sino también los proyectos de desarrollo, las formas de acumulación, circulación y distribución de los recursos financieros internacionales y las justas demandas de mejoras de vida, de justicia y libertad social, de satisfacción de necesidades sociales e individuales en muchos países del mundo.

TRANSFORMACIONES EN LOS SISTEMAS Y PROCESOS DE LA COMUNICACIÓN. CLAVES PARA REPENSAR LA DEMOCRACIA

Es en este marco que es posible entender lo que está pasando hoy con los sistemas y procesos de comunicación a nivel mundial. La comunicación hace parte de los procesos sociales, económicos y

políticos que hoy se expresan en el mundo y la democracia en la comunicación no puede ser entendida al margen de este panorama que le sirve de contexto.

La década de los 90 está condicionada entonces por una nueva correlación mundial en la que el debate, lejos de aquella coyuntura que fué abierta por el informe Mc Bride en los 70¹ y que puso su énfasis en el derecho a la información, en el cuestionamiento de los sistemas de propiedad, en el derecho a la participación y en las formas y contenidos de la comunicación misma, luego de diez años de un desgastador e infructífero enfrentamiento, nos coloca hoy frente a cuestiones de fondo que, transformadas por un vertiginoso desarrollo tecnológico de la Comunicación Social, alimentado en mucho por este nuevo panorama de intereses mundiales, nos revela procesos que no fueron realmente imaginados o contemplados y que nos obligan a repensar en una dimensión distinta, más amplia, esos mismos y otros aspectos que rodean el actual desarrollo de la comunicación en el mundo. Con ello estamos queriendo decir que sólo en la medida que seamos capaces de entender esos procesos como partes vivas de una totalidad indesligable, como códigos obligados de inserción en y con los sujetos con los cuales debemos interactuar, estaremos en condiciones de ser no únicamente espectadores de una realidad comunicacional -que cada vez más- se nos va de las manos, sino agentes activos en la redefinición democrática de los medios de comunicación en América Latina.

La búsqueda de la democracia pasa pues por la comprensión de los nuevos términos en los cuales se desarrolla la comunicación y la información en el mundo. Hasta hace poco, cuando hablábamos de derecho a la información estábamos aludiendo al derecho que tienen los pueblos del mundo a intercambiar y a conocer sus diversos procesos sociales, sus muy diferentes realidades culturales, sus variados problemas económicos y políticos, sus distintas cotidianidades. Cuestionábamos -en ese contexto- la presencia de unas cuantas agencias monopólicas internacionales que centralizaban la información. Hoy, como elemento sustantivo de ese nuevo panorama mundial, con el vertiginoso desarrollo tecnológico de la comunicación, que es parte y consecuencia de la expansión industrial y de la acumulación económica que se constata en el mundo, la información no es más privilegio de unas cuantas agencias. Tiende a diversificarse junto con otros contenidos que empiezan a circular en los sistemas internacionales de la comunicación.

La irrupción de la televisión sin fronteras, los cada vez más sofisticados usos de la vía satélite, el perfeccionamiento de las antenas parabólicas (ahora con diámetros menores de 60 cms. y más calidad que las primeras), la oferta cada vez más generalizada del cable TV, la incorporación de la telemática y la informática a las posibilidades expresivas o informativas de los diversos medios, todo ello marcado al mismo tiempo por una lógica de desarrollo en la que la mayor eficiencia, los más sofisticados adelantos vienen acompañados de bajos costos -cada vez más significativos- en la adquisición de los bienes y servicios, nos da cuenta de una dimensión diametralmente opuesta en la que la democracia antes que en el derecho a la información (por citar una sola de nuestras viejas reivindicaciones) nos obliga a pensar en la cuestión de la creación, de la defensa de la producción y de la circulación de nuestros propios contenidos. Se trata en suma de la necesidad de colocarnos (incluyendo nuestras prioridades) en el circuito de intercambio y de legitimar -en ese nuevo contexto- nuestras propias identidades culturales. Y para que ello se haga posible debemos asumir igualmente que la democracia pasa también por la cuestión de la democratización de nuestras propias existencias. Hoy, más que nunca, debiéramos hacer un esfuerzo por repensar nuestros propios modos de acercamiento a la realidad, por desnudar nuestros dogmas, por cuestionar nuestras actuales formas de producir significaciones que han estado -en mucho- determinadas por la tentación de construir o legitimar recetas. Tenemos que hacer esfuerzos sinceros y honestos para abrirnos a la comprensión de la totalidad y, sobre todo, de la diversidad de elementos que cruzan las distintas propuestas de desarrollo social y cultural.

Necesitamos imaginación, capacidad creativa, más sentido lúdico que no supone escape de la realidad sino apuesta por la vida. Apuesta que implica inserción en lo cotidiano, en el mundo de los seres reales con los que debemos interactuar para hacer verdad el ejercicio mismo de la comunicación social en cada una de nuestras experiencias. Y cuando hablo de seres reales me remito a la necesidad de la referencia constante no a seres imaginarios sino a aquellos otros, más terrenales, llenos de frustraciones y de esperanzas, de gustos, deseos, alegrías y nostalgias. En suma seres e imaginarios a los que tenemos que aprehender como destinatarios de nuestras prácticas y productos profesionales.

Sólo así se nos revela el por qué a fines del 70 y mientras nosotros nos hallábamos sumergidos en el debate por el NOMIC, una de nuestras propias formas y contenidos culturales, la telenovela, se consolidaba -contra todos nuestros pronósticos- en un exitoso producto de exportación.

En ese marco, el crecimiento de la diversidad de mensajes se hace cada vez más evidente. Tomemos algunos hechos que nos pueden servir de ejemplo: hace unas semanas apenas, el Perú entero asistió sorprendido, a través del canal estatal que emite a toda la república, a las celebraciones del Carnaval de Rio «en vivo y en directo». Durante más de 20 horas, en apenas cuatro días, el público peruano y de otros países presenció el desfile interminable de las escuelas de samba y de los bailes de los clubes más conocidos de esa ciudad, mientras los comentaristas, esta vez en portugués, entrevistaban a muchos personajes de la vida brasileña que hasta ese momento nos eran desconocidos. La televisión peruana mostraba imágenes de desnudos masculinos y femeninos que, aunque usuales en el Brasil, jamás habían sido difundidos por la televisión peruana. Para quienes tenían antenas parabólicas en sus casas y centros de trabajo este festín se extendió durante las 72 horas que duró el suceso.

Del mismo modo hemos asistido a la caída de diferentes regímenes políticos en Europa del este, a las elecciones en Nicaragua y a las acciones del movimiento Farabundo Martí en San Salvador, a las tomas del mando presidencial en Brasil y Chile, y a la liberación de Nelson Mandela en Sudáfrica ya no utilizando los hasta hace poco hegemónicos servicios de la comunicación norteamericana sino haciendo uso del satélite español, el satélite mexicano o el propio satélite brasileño. La información se transforma apresuradamente en una modalidad más elaborada del espectáculo hasta mezclarse con las formas tradicionales y emergentes del entretenimiento sacralizado por la comunicación masiva.

Las nuevas tecnologías vienen a reforzar nuevos procesos y nuevas demandas en la comunicación masiva. No son apenas una expresión de la modernidad. Son instrumentos para la inserción en una oferta cultural de vida que va más allá de los medios y que tiene su correlato en los proyectos económicos y políticos que dominan la nueva escena mundial. Es en este contexto que la televisión se convierte en un intermediario para la circulación de otras formas expresivas y de entretenimiento. El cine por ejemplo se nos hace más cotidiano, se populariza, entra al hogar a través de la televisión local o por cable, a través de los vídeo clubes, mecanismos con los cuales se asiste, se alquila o se intercambian películas que jamás hubiéramos visto a través de los tradicionales circuitos de distribución norteamericanos que aún controlan nuestras viejas y queridas salas de cine. Y la tendencia para la modificación definitiva del actual ordenamiento internacional de la comunicación se acentúa. No olvidemos que en este momento las televisiones europeas, unidas en sus propias organizaciones regionales y las organizaciones de TV en Asia se preparan y para incorporar definitivamente en 1995 el sistema de televisión de alta definición que implicará no solamente la sustitución total de los actuales receptores de TV sino la modernización de los canales de televisión y de las empresas productoras de películas y programas. Con más del doble de la calidad actual de imagen (de 525 líneas a más de 1100) la televisión estará en condiciones de ofrecer imágenes de una altísima calidad expresiva y hará evidentes muchas de las

imperfecciones de la utilización de decorados y ambientes que ahora no alcanzamos a registrar a través de nuestros actuales receptores y con ello construirá nuevos códigos que legitimarán formas de identidad que ya emergen en la sociedad y la comunicación. Estos cambios interesan hoy más a los grandes grupos transnacionales que controlan la comunicación y la información en el mundo, que seguir manteniéndose como emisores monopólicos de mensajes informativos.

Por último, me parece oportuno repetir aquí lo que ya señalé en un texto anterior: que la irrupción de instrumentos tan complejos y de tan sofisticado uso, que las profundas transformaciones en el modo de hacer la comunicación en los medios y en el conjunto de las instituciones de la sociedad, que los procesos comunicativos que se abren como consecuencia de la coyuntura que vive el mundo y América Latina en particular, están modificando a tal punto nuestras prácticas, nuestras relaciones y, ahondando a tal grado las brechas que nos distancian de los países altamente industrializados, que los nuestros corren hoy -de no adoptarse urgentes modificaciones en nuestros proyectos sociales y académicos- el peligro de verse diluidos en el panorama mundial.

Tenemos que tener cuidado. No debemos caer en la apología acrítica de los grandes medios y de las nuevas tecnologías presentadas en ocasiones como sinónimo automático de un progreso que no es definido en su significación social. Por lo anterior no podemos tampoco buscar refugio en la consolución de las tecnologías menos sofisticadas, de los medios artesanales y de las prácticas de comunicación que ignoran esta nueva realidad, cuyo uso exclusivo supondría la defensa de la cultura y la comunicación popular. Ambos enfoques, por reduccionistas, conducen a la incompreensión de la dinámica real de desarrollo de la comunicación social.

Hasta aquí hemos hablado de dos momentos históricos en el desarrollo de la comunicación social y se nos está revelando que los comunicadores sociales en América Latina no hemos encontrado las claves o las herramientas para interpretar estos fenómenos en su continuidad histórica y para proponernos frente a cada coyuntura el no comenzar desde cero, lo que me lleva a recordar el borrón y cuenta nueva con el que constantemente hemos abordado el conjunto de nuestros propios procesos sociales, muy lejos de la postura crítica y creativa que pudiera brindarnos el conocimiento social acumulado.

LA ENSEÑANZA FRENTE A LOS RETOS DE LA COMUNICACIÓN

¿Qué interrogantes nos plantea la situación anterior en materia de enseñanza de la comunicación en América Latina? ¿Qué raíces y modelos pedagógicos subyacen aún en los proyectos curriculares que impulsan nuestras Escuelas y Facultades? ¿Qué elementos centrales atraviesan nuestras prácticas académicas en el proceso de formación de las nuevos profesionales? Intentaré contestar estas preguntas en las siguientes líneas de esta reflexión.

Las Escuelas de Comunicación en América Latina desarrollan sus proyectos académicos respondiendo hoy a procesos, prácticas y necesidades que no contemplan los nuevos términos desde los cuales se piensa y se hace la comunicación a nivel internacional. Seguimos imaginando, desde nuestras muchas veces desfasadas realidades locales y universitarias, que aún es posible la formación integral de los comunicadores sociales a partir de los modelos y desde los instrumentales metodológicos y técnicos con los que contábamos diez y veinte años atrás. En ese sentido -y en muchos casos- la dinámica de la comunicación ha marchado por un lado y la enseñanza por otro. Y como consecuencia la creación y nuestra presencia en las prácticas profesionales tiene poco o nada que ver con los procesos de la comunicación que hoy se abren paso en el mundo.

El vertiginoso cambio de la realidad social nos confunde, las crisis económicas y políticas nos limitan, incluso en la problematización misma de nuestros propios procesos, las carencias universitarias nos desalientan y nos desmovilizan. El conformismo, el paternalismo y el pesimismo nos envuelven y terminamos entonces detrás de los procesos, apenas decorando fachadas, cambiando formas, sin ser capaces de ir a la esencia misma de nuestras propias concepciones.

No podemos seguir entendiendo -y en ello reside uno de nuestros retos- a la sociedad, a la comunicación y su enseñanza como compartimientos estancos que, aunque con ciertas aceptadas interconexiones, tendría desde más de alguna postura académica, capacidad para ser asumida cada una como una totalidad en sí misma. Jesús Martín señalaba con toda razón que la comunicación debe ser entendida como «la historia de los modos de comunicación, con especial atención a América Latina en lo que respecta a la relación de los modos de comunicación con las culturas de que son expresión, con los modelos de desarrollo y con los regímenes políticos»². Sólo insertando en esas mediaciones lo que percibimos en la comunicación y lo que proponemos como modelos de enseñanza estaremos dando pasos seguros para reorientar nuestra práctica profesional en América Latina.

Estoy convencido de que muchas de nuestras actuales incomprendiones sobre la dinámica actual de desarrollo de la comunicación social y nuestra dominante incapacidad para construir proyectos académicos que puedan responder a los retos de la realidad social pasan por nuestro olvido de los elementos que se conjugan para explicarla en su exacta dimensión. La continuidad histórica, el contexto actual y la capacidad que debemos afinar para construir una otra forma de relación con el conocimiento, donde sus aspectos más sustantivos deben moldearse en confrontación permanente con la vida y su entorno son claves para avanzar en la dirección reclamada. Y en este sentido, la teoría que hemos estado construyendo o aplicando, salvo honrosas excepciones, no ha contribuido tampoco a que podamos entender estas interconexiones.

En ese mismo rumbo me viene a la memoria una reflexión igualmente valiosa apuntada por la investigadora peruana Rosa María Alfaro quien en uno de sus ensayos afirma que «la teoría sirve de mucho para el análisis crítico, simétricamente relacionado con la teoría de la dominación, poco para el diseño de alternativas y casi nada para la comprensión de los movimientos como sujetos sociales del cambio y el protagonismo social». Estamos hablando -continúa señalando Alfaro- «De las relaciones que la universidad debe establecer con la concreta realidad social, en la que la forma de adquirir conocimientos y las metodologías que se establezcan surjan de nuestra compenetración con esos sujetos y esos movimientos sociales»³

Nuestras Escuelas son -volviendo a lo nuestro- consecuencia de las demandas dominantes del mercado y consecuencia también de la buena voluntad de sus «planificadores». En la mayoría de las Escuelas de América Latina no existe la disposición para colocar como punto de partida, antes de la formulación de cualquier proyecto académico o de sus reformas, a la realidad misma. Son contados los casos en que nuestras Escuelas han partido de un diagnóstico integral de la problemática de la comunicación. No hemos sido -en mucho capaces de estudiar con el detenimiento necesario el desarrollo histórico de la comunicación en nuestros países, de buscar la interpretación de los actuales procesos comunicativos, de descubrir objetivamente problemas no sólo del mercado, sino también de la sociedad misma en la que -un acercamiento serio- permitiría distinguir las necesidades latentes y emergentes. En suma, no hemos sido capaces de acercarnos a las claves que explican a la comunicación, que determinan su rumbo y revelan sus tendencias.

La ausencia anterior nos ha llevado a la configuración de perfiles profesionales gaseosos y poco definidos. Hemos contestado sobre todo a las demandas que se abrían desde los modernos medios electrónicos o audiovisuales (cine, radio, televisión), sin descartar la reiteración de una práctica de la enseñanza del periodismo que -por encima de las buenas voluntades- se ha alejado muy poco de sus modelos tradicionales.

La incorporación de la publicidad y las Relaciones Públicas se dió igualmente como consecuencia de la suma de partes con que fué vista la enseñanza de la comunicación desde sus inicios.

Y en consecuencia, nuestras Escuelas pasaron de las limitaciones formales que les imponía el periodismo a las indefiniciones de un marco global en el que el error ha consistido en pensar que nos estábamos abriendo «naturalmente» a otras áreas, a otros espacios que diversificaban nuestra profesión y justificaban la transformación de nuestras viejas Escuelas de Periodismo en modernas Facultades de Comunicación. Y ciertamente no se trata sólo de abrimos a nuevas áreas para adiestrarnos en otros oficios semejantes, sino de apropiarnos de una totalidad mayor y diferente en la que los oficios o las especializaciones pertinentes y legítimas son apenas mediaciones de las necesidades existentes y de las dinámicas históricamente determinadas en el desarrollo social. No hemos hecho los esfuerzos suficientes para abrir otros espacios sociales de comunicación que vayan más allá de los saberes tecnológicos clásicos para el dominio de los llamados «grandes medios masivos de comunicación». Nuestra indefinición del perfil, nuestras carencias de diagnósticos y nuestra incomprensión de los niveles en que se mueve la comunicación como una totalidad nos ha llevado a privilegiar unas áreas y a descuidar muchas otras que están presentes como demandas sociales.

Es una verdad irrefutable que la definición del perfil profesional implica siempre una decisión político-ideológica, por encima de la conciencia o no que puedan tener los planificadores de los proyectos académicos sobre este hecho. En la base del proyecto se define el modelo del Comunicador. Las indefiniciones en la construcción del perfil profesional del comunicador social se han visto expresadas con toda crudeza en las distintas acepciones con las cuales se pretende bautizar nuestra carrera, a tal punto que este hecho nos alejó de la comunicación social como un todo y terminamos refugiados no en una sino en varias supuestas existentes ciencias que sustentarían las necesidades de nuestra profesión.

Nuestras Escuelas, con toda la ligereza del caso, se afiliaron a definiciones que jamás fueron objeto de reflexión y menos de cuestionamiento. Ciencias de la Información, Ciencias de la Comunicación Social, Comunicación Audiovisual, Ciencias de la Comunicación Colectiva, Periodismo y Comunicación y hasta Ciencias Técnicas de la Información y/o la Comunicación⁴ son apenas algunas de las indefiniciones con las cuales hemos titulado a nuestra carrera profesional y ello es consecuencia cierta de nuestra propia confusión conceptual.

Una pretensión de la diversidad como la antes señalada debió o debería llevar a las Escuelas -como punto de partida responderse a interrogantes tan lógicas como ¿Cuáles son esas Ciencias de la Comunicación o esas Ciencias de la Información?, ¿Qué espacios atraviesan?, ¿Cuál es su objeto de estudio?, ¿Desde qué y con cuáles premisas epistemológicas se definen cada una de ellas? y si existen, ¿qué las distingue? y ¿cómo se articulan para producir un solo profesional?. Frente a esa indefinición, partimos de la postura de que la Comunicación Social es una sola, y es además una ciencia que viene legitimando su estatuto y construyendo su identidad.

LOS DISEÑOS CURRICULARES

El diseño curricular se articula entonces como consecuencia de un conjunto de objetivos que poco o nada tienen que ver con las dinámicas de desarrollo de la comunicación, con un modelo coherente capaz de responder a un perfil lo suficientemente claro para atender las exigencias globales y las particularidades que la realidad local demanda de cada uno de nuestros proyectos académicos. En ese sentido se copian modelos, se incorporan ideas extraídas acríticamente de otras experiencias académicas en contextos económicos, sociales y culturales que difieren en mucho de nuestras necesidades y características locales. Paradójicamente como señala Daniel Prieto «En casi todos los objetivos curriculares aparecen fórmulas más o menos radicales destinadas a enfatizar el papel que el establecimiento y los egresados cumplen en la sociedad. Muchas veces esto no pasa de una declaración. En la práctica cotidiana la realidad no entra ni por la ventana»⁵.

Los diseños curriculares y los planes de estudio revelan pues una pobreza de concepción peligrosa y no siempre se distingue a uno del otro. Y a la larga nuestras Escuelas terminan renunciando a definir muchas de las cuestiones centrales que debe contemplar todo diseño curricular como la organización que se debe dar a los profesores, la cuestión de la metodología de enseñanza y la inserción permanente del proyecto académico en su comunidad, los sistemas de evaluación, el equilibrio, y la interconexión entre las áreas y la aplicación efectiva de cada una de ellas (la teoría, la práctica, la investigación, etc.). En muchos proyectos académicos, después de los objetivos sólo viene como consecuencia la formulación y sustentación de la lista de materias abordada con aparente rigurosidad. En este momento la suerte está echada y al poco tiempo de aplicado un Proyecto o su reforma saltarán por los aires muchas de las indefiniciones legitimadas. El teoricismo o el iluminismo se apropia así de no pocas de nuestras Escuelas mientras otras prefieren navegar entre los oficios, ejercitando en la medida de sus posibilidades (no siempre adecuadas) las prácticas que fueron señaladas en su proyecto académico.

La cuestión de la producción no puede ser insertada así de manera equilibrada en nuestras Escuelas, la teoría que la precede se abandona cuando los estudiantes deben ejercitarse en el manejo de un medio y la poca investigación que en las Escuelas se hace no alimenta ni la teoría ni la práctica que lleva a la producción. Se consagra entonces ese divorcio entre la teoría y la práctica, entre la formulación y la crítica de las ideas y el entrenamiento para los oficios que nos vincularán con la realidad. El cuadro anterior se hace más revelador cuando constatamos que en muchas Escuelas de América Latina la formación teórica en comunicación, la formación humanística que la complementa y el conocimiento inicial de los lenguajes tratados teóricamente se inicia en los primeros ciclos o años de estudio y se deja para el final la especialización práctica en los oficios. Esta graduación o separación es, de por sí, un profundo factor limitante de la concepción interdisciplinaria que debiera estar presente en cada uno de los momentos de la formación en Comunicación.

LA INVESTIGACIÓN Y LA METODOLOGÍA DE ENSEÑANZA

Otra de las claves de la formación de los Comunicadores está en el ejercicio de la investigación como práctica cotidiana, como parte del proceso de formación y como factor relevante para la adquisición de nuevos conocimientos que alimenten nuestros proyectos académicos, nuestras materias y nuestros discursos. La enseñanza y la investigación no pueden andar separadas ya sea en el pre-grado o en el post-grado. La calidad en la enseñanza y la posibilidad de una formación integral depende en buena medida de su aplicación real y de su inserción en cada una de las áreas y etapas de la formación. Debemos dejar claro, sin embargo, que a pesar de su importancia, la investigación no debe ser enten-

dida como el eje totalizador de la formación. Se hace necesario definir hasta dónde debe llegar la investigación en el pre-grado, cuáles deben ser sus características, su nivel de profundidad y sus aplicaciones específicas. Le toca a los post-gradados la responsabilidad de la «investigación de punta» (de fondo), de reflexión teórica y metodológica más avanzada⁶.

Otra cuestión que resulta pertinente abordar es la de la metodología de enseñanza. FELAFACS, organismo regional formado por las propias Escuelas de Comunicación de América Latina y que ahora agrupa a más de 190 instituciones universitarias, ha iniciado en colaboración con UNESCO, un oportuno conjunto de Talleres de Metodología de Enseñanza en el que nuestras Escuelas puedan tener la oportunidad de compartir espacios de diálogo, en el que sea posible ir dando forma a un intercambio de experiencias que puede resultar clave para el desarrollo y redefinición de nuestros proyectos académicos. Y es que no es posible seguir ignorando que nuestras Escuelas están asumiendo la enseñanza de la comunicación a partir de modelos poco originales, a partir de prácticas metodológicas que ya eran dominantes en el siglo pasado y que, comunes a un conjunto de carreras profesionales, no contribuyen a enriquecer el proceso de formación de nuestros estudiantes, ni a distinguir la peculiaridad de los espacios y los modos de la comunicación.

La clase magistral, el memorismo, la transmisión vertical de contenidos y la relación unidireccional entre profesores y los estudiantes asumidos como objetos pasivos entranpan nuestros proyectos académicos. Y lo que es más grave: se ofertan oficios, se abren especialidades para las que no se cuenta ni con el personal docente calificado ni con los más mínimos instrumentales para una formación siquiera elemental. La vinculación con la comunidad sigue siendo tangencial en nuestras prácticas universitarias y los procesos y modos de evaluación de los conocimientos adquiridos son impuestos a los estudiantes más como sistemas de castigo que como partes complementarias que se suman al proceso permanente de formación. No existe en síntesis una propuesta metodológica creativa capaz de adecuarse a las características de la carrera y a las necesidades de la formación de nuestros estudiantes. Y en muchos casos no existe siquiera la conciencia de la importancia de la renovación metodológica como factor insoslayable de una propuesta de formación que se pretenda integral.

Finalmente la cuestión misma de la infraestructura y la formación de nuestros propios docentes pareciera asumirse con poca conciencia también de sus implicancias en el desarrollo del modelo académico elegido. Muchas escuelas carecen de equipos técnicos y no cuentan en la mayoría de los casos con los recursos financieros suficientes para poder adquirir al menos- lo más elemental. Pero lo que es más grave es que esas mismas Escuelas y aún aquellas que (como excepción) sí logran hacerse de los equipos suficientes, no son capaces de asumir la opción por unos u otros equipos a partir de las necesidades que demanda su propio proyecto, a partir también de las posibilidades y necesidades existentes en su propio entorno social; en suma, a partir de los equilibrios que son necesarios preservar para no caer en desviaciones que puedan poner en peligro el conjunto del proyecto académico. Muchas Escuelas adoptan la búsqueda de equipos como un fin y no como un medio para apoyar un específico proyecto académico. Reclaman los instrumentos técnicos más sofisticados, tocan las puertas de las agencias financieras internacionales y de algunas de nuestros gobiernos y empresas privadas con la lógica de que su adquisición garantiza una adecuada formación.

La afirmación anterior queda muy lejos de la verdad, los equipos técnicos son necesarios pero -por sí solos- no garantizan nada en el proceso de formación de nuestros Comunicadores Sociales. No podemos caer en el riesgo de poner a los equipos técnicos y las infraestructuras delante de los propios proyectos académicos, atribuyéndoles una posibilidad mágica que no tienen. Su pertinencia, su efica-

cia dependerá en todo caso de la consistencia del proyecto académico global y del modo o los modos en que nos vamos apropiando de esas demandas constantes y cambiantes que fluyen del desarrollo cotidiano de la comunicación social. Un adecuado proceso de formación de comunicadores sociales es, entonces, aquel que se halla sintonizado -en todo momento- con las tendencias y demandas de la comunicación y de la sociedad misma.

Si lo anterior es correcto, debemos coincidir entonces en el hecho de que, a pesar de nuestros esfuerzos de adquisición o renovación, las más sofisticadas tecnologías seguirán estando fuera de las universidades y los equipos a los cuales podamos llegar no nos llevarán nunca a colocarnos en igualdad de condiciones frente a la empresa privada. Esto no quiere decir que hallamos perdido la carrera porque la función de nuestras Escuelas no puede ser jamás la de instrumento de adiestramiento técnico de profesionales, no puede reducirse a la de conductores de botones, la función de nuestras Escuelas está orientada a la captura de una totalidad, a la adquisición de saberes integrados, sin desconocer las necesarias especializaciones que se derivan de un universo profesional tan diversificado como el que nos ha tocado en suerte. En síntesis, se trata de entender qué equipos nos pueden ser útiles y cómo deben integrarse como apoyo en el proceso de formación que brindan nuestras Escuelas.

Hasta aquí hemos intentado registrar el conjunto de factores, de aspectos que a nuestro juicio se constituyen en claves indeliberables al momento de definir el proyecto específico de enseñanza de la comunicación en nuestras Escuelas. De la conciencia del equilibrio que debe mantenerse en todos ellos y del modo en que los definamos en relación a su inserción en la realidad social dependerá en mucho el éxito de nuestras reformas y la posibilidad efectiva de colocarnos de frente a los retos que nos señala la coyuntura actual.

Notas

1. UN SOLO MUNDO, VOCES MÚLTIPLES. UNESCO, Comunicación e Información en nuestro tiempo. 1980.
2. Martín Barbero, Jesús. PROCESOS DE COMUNICACIÓN POPULAR Y ENSEÑANZA DE LA COMUNICACIÓN. Boletín FELAFACS N° 13 abril de 1986.
3. Alfaro, Rosa María. LA UNIVERSIDAD Y LA REALIDAD SOCIAL. DE LAS PRÁCTICAS ACADÉMICAS A LAS PRACTICAS SOCIALES. Boletín FELAFACS N°. 13, abril de 1986.
4. LA FORMACIÓN PROFESIONAL DE COMUNICADORES SOCIALES EN AMÉRICA LATINA. PRE-GRADOS Y POST-GRADOS. Investigación elaborada por FELAFACS en 1984 y 1985.
5. Prieto Castillo, Daniel. LA ENSEÑANZA DE LA COMUNICACIÓN EN AMÉRICA LATINA. Boletín FELAFACS N°. 9, diciembre de 1984
6. Marques de Melo, Jose. INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA DE LA COMUNICACIÓN EN BRASIL. Boletín FELAFACS N° 12, diciembre de 1985.